



LA CIUDAD DE LOS DRAGONES



LA CIUDAD DE LOS DRAGONES

© 2024, **Ana Rosenrot**

Este libro es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque constan en la obra hechos históricos ocurridos en la vida real, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

ABEYA EDICIONES

Primera edición: Mayo 2024

ISBN: 978-84-10364-00-4

Depósito legal: M-13735-2024

Printed in Spain— Impreso en España

www.anarosenrot.com

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).



LA CIUDAD DE LOS DRAGONES



Ana Rosenrot

HIC SVNT DRACONES

Para F., que es amor y fuego



*«Sant Jordi arriba com un cavaller,
amb la seva llança travessa el carrer.
Ja veu la princesa que el drac vol menjar,
si no es dóna pressa, ella morirà.
Li clava la llança, cau escalabrat.
La pobra princesa, visca, s'ha salvat.
La rosa creixia; sant Jordi l'ha agafat
i ara a la princesa ja li ha regalat»*

(Canción popular catalana)

*San Jorge llega como un caballero,
con su lanza atraviesa la calle.
Ya ve la princesa que el dragón quiere comer,
si no se da prisa, ella morirá.
Le clava la lanza, cae descalabrado,
la pobre princesa, ¡viva! se ha salvado.
La rosa crecía; san Jorge la ha cogido
y ahora a la princesa ya se la ha regalado.*



Bailaban desnudas, cogidas de la mano y formando un círculo. Los seis cuerpos blancos de las adolescentes, iluminados por la luz de la luna, parecían refulgir en medio de la noche. Las copas de los árboles del cercano bosque que lindaba con el colegio, se agitaban suavemente al ser acariciadas por la brisa cargada con la humedad del rocío, suscitando susurros enigmáticos.

Alertada por las risas, a una hora en la que se suponía que las alumnas del colegio deberían estar dormidas, la religiosa se asomó extrañada a la ventana de su minúscula habitación descubriendo lo que le pareció un rito ancestral y pagano, una suerte de círculo mágico. Sor Mari Àngels se llevó la mano a la boca, horrorizada no tanto por la escandalosa visión de los cuerpos desnudos de las alumnas, sino porque en aquellas risas, en aquellos cánticos, en aquella actitud enajenada y ausente de la realidad, más propia de un aquelarre, reconoció los signos de Satán.



¿ Se encuentra bien, *fräulein* Berenguer?, ¿está tranquila? —preguntó con su fuerte acento alemán el doctor Fildelgard dándole a la joven unos amables golpecitos en la mano en un intento de tranquilizarla, pero su aspecto severo conseguía lo contrario.

Mireia Berenguer apartó la mirada de las cimbreadas lenguas de fuego que bailoteaban en el interior de la chimenea y asintió mecánicamente con un movimiento de cabeza, intentando esbozar un gesto sereno. Estaba helada de frío a pesar de que el salón se encontraba agradablemente caldeado contrarrestando el mal tiempo del exterior. Un trueno restalló con fuerza y Mireia agarró con aprensión la muñeca de porcelana que sostenía entre sus brazos. Ya no era una niña pequeña, acababa de cumplir veinte años, pero había llevado su muñeca con ella por indicación del doctor: «Traiga algo que le aporte seguridad y protección. Cualquier objeto o prenda con el que tenga un apego especial servirá». No tuvo dudas, ¿qué más seguridad que la muñeca que tenía desde que era una niña? La pobre Mariona, con su cara de porcelana blanca enmarcada por tirabuzones, su mirada azul y el vestido levemente chamuscado, parecía en ese momento tan desamparada y asustada como ella. La muñeca tenía en su pequeño cuerpo las cicatrices de una azarosa vida al lado de Mireia: quemaduras, rasguños, roces, marcas..., pero milagrosamente, como su dueña, había sobrevivido a todo. Sus destinos, para bien o para mal, estaban unidos. La muñeca solo tenía secuelas físicas, las de Mireia no eran visibles, pero eran más profundas y complicadas.

—*Gut*, bien —aprobó satisfecho el doctor sacando el reloj del bolsillo de su chaleco para comprobar la hora.

Mireia le había mentido al doctor Fildelgard. Claro que no estaba tranquila; estaba nerviosa y asustada ¿cómo no estarlo en aquella situación sabiendo a lo que se exponía?

El roce cálido de una mano apretando cariñosamente su brazo hizo que saliera de su ensimismamiento y le devolviera una silenciosa sonrisa al doctor Ribelles, del Instituto Frenopático de les Corts. «No se preocupe. No dejaremos que corra ningún peligro, el doctor Fildelgard es una eminencia», le había asegurado. Mireia confiaba en él. En el último año la había tratado con el mismo cuidado y amabilidad que cuando tenía doce años y también requirió de sus conocimientos médicos. El doctor Ribelles se había encargado de contactar con el prestigioso doctor Fildelgard, experto en hipnosis y colega de Breuer y Freud. Sus investigaciones aunaban el psicoanálisis, la hipnosis y la catarsis e identificaban los traumas infantiles como el origen de determinados problemas mentales del adulto; por eso, era imprescindible descubrir ese daño, ese episodio fundamental en la vida, normalmente tan grave que su recuerdo había quedado bloqueado, oculto en el fondo del subconsciente, en lo más recóndito de la memoria, para poder entender y tratar las conductas del adulto. Era un proceso complejo y delicado, había que tener mucho cuidado para liberar ese recuerdo, rescatar el trauma y sacarlo a flote mediante la hipnosis regresiva, procurando no alterar al sujeto consciente y que no sufriera consecuencias irreversibles en su salud mental. Y eso era lo que se pretendía hacer esa tarde tormentosa de finales de marzo de 1926 con Mireia Berenguer: hurgar en su subconsciente, en sus traumas infantiles. La joven sabía que aquella terapia podía tener consecuencias impredecibles y tal vez perjudiciales, pero la hipnosis regresiva a la que se iba a someter era prácticamente una imposición del inspector jefe Pons si quería evitar la cárcel... de momento.

Afuera, las oscuras nubes que presagiaban la tormenta, habían convertido en sombras amenazadoras las copas de los enormes árboles que perfilaban la carretera de l'Arrabassada que ascendía sinuosa desde Barcelona por la montaña de Collserola. La fuerza del viento abrió estrepitosamente una de las ventanas del salón, provocando que las cortinas brocadas en tonos burdeos se hincharan como las velas de un barco en medio de una galerna.

Mireia se sobresaltó y estrechó a la muñeca contra su corazón que palpaba enloquecido; tenía los nervios a flor de piel.

No había luz eléctrica. Varios antiguos quinqués y algunos candelabros dispuestos por todo el salón proporcionaban iluminación. Algunas de las velas se apagaron con brusquedad mientras que otras quedaron temblando alocadamente, llamas aterradas, conscientes de su fragilidad a merced de la fuerza de la Naturaleza.

La luz fantasmagórica de las velas y el golpeteo de las ramas de los árboles en los cristales, convertían el salón en un lugar inquietante a pesar de la calidez que ofrecía la chimenea. Al encontrarse en una zona montañosa, cerca del Tibidabo, en la parte alta de Barcelona y próximo al bosque, las tormentas imponían más respeto, se apreciaban de una forma más violenta, más primitiva, como si se tratara de un animal salvaje.

—Esta noche también se avecina un buen chaparrón... Parece que esta primavera va a ser temporada de lluvias y tormentas —pronosticó el inspector jefe Pons con el cigarro entre los labios y los dedos pulgares tras los tirantes que sujetaban su pantalón, tensándolos y aflojándolos. No usaba chaleco, le agobiaba. Estaba de pie, con sus enormes zapatos pisando el dibujo de arabescos de la mullida y carísima alfombra persa y observándolo todo atentamente como si se encontrara en una improvisada atalaya. Estaba impaciente y de vez en cuando paseaba desde el vestíbulo, donde una hora antes había dejado el paraguas en el bastonero de latón y se había despojado de su abrigo y sombrero, hasta el salón donde se encontraba el resto de asistentes, dejando a un lado la biblioteca, el despacho cerrado con llave y la escalera central que llevaba a la planta superior. «*Que bo caliu que fa!*», pensó frotándose las manos cuando entró. Había llegado el primero junto con el subinspector Oriol López, su mano derecha, y un par de agentes uniformados que había dejado apostados discretamente en el exterior, como medida preventiva por si ocurría «algo». No quería sorpresas de ningún tipo.

«Una buena casa, sí señor», pensaba mirando a su alrededor y moviendo casi imperceptiblemente la cabeza con un gesto aprobatorio haciendo que su barbilla se uniera a su papada; aunque en realidad había poco que ver: la mayoría de los muebles estaban ta-

pados con sábanas, pero la amplitud del salón, la silueta del piano de cola, los techos altos y algunos esbozos aquí y allí, como la enorme y majestuosa lámpara que colgaba del techo como una araña de cristal, un *chandelier*, además del espectacular jardín romántico que rodeaba la casa que, aunque a esas horas no se apreciaba, no dudaba de que sería muy hermoso, sobre todo en plena floración, evidenciaban el esplendor del palacete modernista situado a escasa distancia del Templo Expiatorio del Sagrado Corazón. Era evidente que no habían reparado en gastos con aquella residencia, lo de *posar l'olla grossa dintre la petita*, es decir: tirar la casa por la ventana, allí era literal.

Sin apartar el cigarro de sus labios, que ya formaba un esqueleto tembloroso de ceniza, se rascó tras la oreja derecha como hacía siempre que algo le llamaba la atención o le preocupaba; «Mauri, pareces un perro sarnoso», le recriminaba *la Roser*, su mujer, pero era ya un hábito difícil de evitar. Si viera ella aquellos lujos... se quedaría *sense paraules*, sin palabras, aunque la Roser no era muy amiga de la naturaleza. A su mujer le gustaba más la ciudad, pasear en coche, arrastrarle hasta el Liceo o lucir sus galas de domingo por el Eixample y pasear por el Paseo de Gracia donde los burgueses habían construido sus espectaculares casas como la de Lleó i Morera, Amatller, o esas excentricidades como la casa Milà y la casa Batlló. Pero el señor Marc Claramunt, el dueño del palacete, prefería el retiro de la montaña de Collserola, y gracias a eso podían realizar la sesión de hipnosis con discreción ya que había tenido la deferencia, aunque él pensaba que era más bien un interés para nada imparcial, de ofrecer su residencia para esa terapia, tratamiento o lo que fuera que los doctores tuvieran previsto hacer.

El inspector jefe Mauricio Pons dirigió una mirada de admiración, no exenta de recelo, al propietario y resopló. En realidad recelaba de todos en aquel asunto en el que nadie parecía decir la verdad. En ese justo momento el señor Claramunt intentaba cerrar la ventana que el viento había abierto de par en par. Se notaba que era un caballero, un hombre de mundo, atractivo y con carisma, que alternaba su vida y sus negocios entre Barcelona y Londres. Acababa de cumplir los treinta y ya era un reputado empresario. Durante la Gran Guerra había luchado con los británicos en el Regimien-

to Real de Artillería y al parecer tenía varias condecoraciones que demostraban su valentía. En los mentideros se rumoreaba que era de origen humilde, afirmando incluso que en realidad había sido un huérfano, un pillo que mendigaba o robaba lo que podía, hasta que su inteligencia y un golpe de suerte consiguieron sacarle de la miseria y convertirle en lo que era. No sabía si era cierto o no, pero esa leyenda de superación personal, del hombre que se había hecho a sí mismo aumentaba su atractivo y la fascinación que despertaba en quién lo conocía.

Pons torció el gesto cuando Guillem Mercader, el periodista, se levantó para ayudar al señor Claramunt. Qué poco le gustaba ese reporterucho. La primera vez que lo vio con esa gabardina vieja que le quedaba grande y esa cámara fotográfica colgada del cuello le pareció estar frente a un fantasma del pasado. Tuvo que frotarse los ojos varias veces hasta darse cuenta de que no se trataba de su viejo amigo, el gran periodista Josep Mercader asesinado años atrás, sino de su hijo Guillem. Aun así, y con todo el respeto y camaradería que había sentido por el padre, el hijo no le gustaba un pelo. Arrugó la nariz como si estuviera ante un olor desagradable mientras lo miraba. Podía intuir por la expresión ávida de sus pequeños y enrojecidos ojos, como los de un roedor, que el joven estaba disfrutando de lo lindo ante la posibilidad de involucrar a una familia burguesa en un asunto tan escabroso, atento a todos los detalles sórdidos para sacar la noticia con grandes titulares, como había hecho la prensa un mes antes especulando sobre el caso de la desaparición de Anna Castell. Pons echó ahora un vistazo al otro extremo del salón, hacia un caballero alto y delgado con pequeños lentes redondos; no sería mayor que el señor Claramunt, pero aparentaba diez años más por su aspecto atormentado. Era más que lógica la apariencia demacrada de Enric Berenguer tras la desaparición de su esposa, pero incluso en los peores momentos siempre prevalecía su denodada y devota defensa de su prima Mireia, siempre pendiente de ella, como en ese momento que la tomaba por los hombros cariñosamente.

—Podemos irnos en cualquier momento. No pueden obligarte a este tratamiento ridículo. Puedo sacarte de aquí ahora mismo.

Mireia se retorció las manos con nerviosismo negando con un gesto de cabeza y su media melena de color caramelo, ondulada a la moda, siguió sus movimientos.

—El inspector jefe no dejará que esto termine. Tengo que hacerlo —contestó la joven y Enric aceptó con un suspiro de resignación.

—Al menos deberíamos esperar a que llegue el abogado —propuso impaciente en un último intento de protegerla— ¿Dónde se habrá metido Amorós? —se preguntó con enfado consultando su reloj por enésima vez.

Enric no podía hacer nada más y por eso se mostraba inquieto. Su prima era valiente, mucho más que él; en su cuerpo aparentemente frágil y delicado como una criselefantina, una de esas exquisitas figuritas de marfil, oro y piedras preciosas, se escondía un ímpetu difícil de controlar y ese era el problema: que Mireia era incontrolable e impulsiva. «Inestable», había sido la valoración del doctor Ribelles años atrás, diagnóstico que se repetía en la actualidad.

«Inestable» era también la palabra que solía usar Anna al referirse a ella. «Cariño, Mireia no está bien, ¿es que no te das cuenta de lo que ocurre? Tienes que hablar con el doctor Ribelles, Mireia necesita una vigilancia constante. Es por su bien; así no podrá hacerse daño... ni hacérselo a los demás», le decía su esposa con su mirada azul apenada cuando Mireia perdía el contacto con la realidad. Pero él se negaba sistemáticamente a escucharla siquiera, no quería oír ni una palabra de ingresar a su prima en un psiquiátrico... otra vez. No quería escuchar a Anna ni a nadie.

Anna.

Anna riendo. Ana tan hermosa, tan rubia. Anna y su cuello de cisne, Anna mirándole fijamente. Anna paseando por las Ramblas.

Enric, con las manos temblorosas, se quitó los lentes para limpiarlos en un intento de aliviar la tensión. Ahora no podía pensar en Anna, aunque era sumamente difícil apartarla de su mente.

—Gracias —murmuró esbozando una sonrisa educada cuando el propio señor Claramunt le ofreció un brandy. Realmente necesitaba algo fuerte para afrontar lo que sucedería allí esa noche.

—Les ayudará a entrar en calor —le animó Marc al tiempo que se dirigía al policía— ¿Le apetece un brandy, jefe Pons, o prefiere alguna otra bebida?

—Muy amable —agradeció el inspector jefe. En realidad no debería beber, estaba de servicio, pero...—, yo preferiría un *ratafia*, si no es molestia.

—Por supuesto que no, ¿y usted quiere que le sirva otra copa? —preguntó el anfitrión a Guillem Mercader tras regresar al mueble bar con forma de globo terráqueo. Había advertido que ya se había terminado la copa que le había servido hacía escasos minutos.

—Otro brandy estaría bien, gracias —repuso el periodista un tanto cohibido manoseando su vaso de cristal tallado. En condiciones normales, tras cobrar, hubiera pedido absenta o vino que era lo más barato y lo que antes embriagaba, pero el brandy era exquisito y no quería parecer un *payés* o un obrero ignorante y zafio que no sabe alternar con la burguesía. Por eso precisamente no se había quitado aún la gabardina; se sentía avergonzado de su traje mediocre ante el lujo del palacete y del anfitrión.

—Vaya nohecita que se nos avecina... —auguró de nuevo Pons escrutando el exterior a través de la ventana sin percatarse de que parte de la ceniza de su cigarro caía sobre su panza.

—¿Se refiere al clima o a esta... *situación*? —preguntó de manera mordaz Enric Berenguer tras beber agresivamente un trago de brandy.

La tensión era patente, el ambiente se notaba tan cargado que se podría encender un fuego con un chasquido de dedos.

—Señor Berenguer... —Pons colocó sus pulgares tras los tirantes que sujetaban sus pantalones y frunció el ceño— debería entender que esta *situación* —repitió con la misma ironía— es una deferencia que se ha tenido con su familia. Debería dar gracias al comisario por ello. En cualquier otro caso, un sospechoso de asesinato múltiple, como lo es su prima, estaría encarcelado hasta que concluyera la investigación. Creo que podría, al menos, mostrarse más colaborativo.

«Los ricos siempre disfrutando de un trato preferente, exigiendo más derechos que el resto», pensó Guillem Mercader esbozando un gesto irónico mientras disfrutaba de su nuevo brandy sorbo tras sorbo. Bebía demasiado rápido, tenía que contenerse. Debía llevar cuidado y mantener la compostura, sobre todo para no perder ni un detalle de lo que ocurriera esa noche.

—Una noche de perros, efectivamente —corroboró el anfitrión intentando reconducir la conversación y sosegar los ánimos—. Pero no durará mucho, un par de días a lo sumo. Una tormenta primaveral. Mucho ruido y pocas nueces.

—El tiempo está tan alterado como la sociedad —intervino tímidamente el periodista mientras cambiaba de posición buscando una postura más cómoda en el sofá *Chester* en el que se encontraba.

—Ojalá fuera así de fácil —gruñó Pons—. Un par de días de *tormenta* y listo, pero los ánimos están muy caldeados en Barcelona, bueno, en toda Cataluña y España entera. Será difícil mantener la calma: los atentados y asesinatos son constantes entre sindicalistas y empresarios —explicó el inspector jefe tomando con su manaza la copa que el señor Claramunt le ofrecía—. Los pistoleros campan a sus anchas... un desastre —concluyó.

—Ciertamente es un tema sumamente complicado y de difícil solución —reconoció Enric Berenguer.

La conversación continuó con los temas de la actualidad: la problemática social, la lucha obrera, la patronal, los sindicatos, las huelgas, el auge del catalanismo... y entonces, el señor Claramunt abandonó el grupo para dirigirse al otro extremo del salón. Era un hombre inteligente y un gran anfitrión, había sabido calmar la situación y ahora desaparecía discretamente.

El periodista siguió con la mirada al empresario hasta que lo vio junto a Mireia Berenguer que se mantenía apartada del resto de asistentes, junto al fuego, estremeciéndose con cada trueno. Aparentemente indefensa.

Guillem ahogó otro gesto irónico en un nuevo sorbo de brandy. Una joven de buena familia como Mireia Berenguer nunca estaría indefensa, tenía las espaldas bien cubiertas con el apoyo de su primo, buenos abogados gracias a su dinero y el amparo de amigos tan poderosos e influyentes como el señor Claramunt. No iría a la cárcel a no ser que las evidencias fueran tan abrumadoras que fuera imposible hacer otra cosa.

—Tomen asiento, por favor —solicitó el doctor Ribelles en voz alta actuando como providencial maestro de ceremonias—. Vamos a comenzar ya. Ante todo, tengo que agradecer al doctor Fildelgard su presencia. Ha sido una verdadera suerte que estuviera en Barce-

lona estos días dando una conferencia sobre hipnosis. En cuanto le expuse el caso no dudó ni un instante en colaborar —alabó fervorosamente, entusiasmado por la posibilidad de asistir a lo que para él era uno de los avances más importantes en materia psicológica.

El doctor Ribelles, a sus cuarenta y tantos años, estaba como un niño con zapatos nuevos. Se había puesto su mejor y más llamativa corbata de lazo para la ocasión y se movía apresuradamente de un lado a otro, sonriendo y frotándose las manos. Llevaba más de media vida dedicado a la psiquiatría, desarrollando toda su carrera en el Instituto Frenopático de les Corts desde que recién acabados sus estudios empezó a trabajar con el doctor Dolsa. Le apasionaba su novedosa metodología, que ya se utilizaba cuando él se incorporó en 1906, tratando al enfermo mental como una persona con posibilidad de sanación, no como un desecho de la sociedad al que se debía apartar y aislar. Había sido testigo durante años de cómo la naturaleza, el ejercicio físico, la mejor calidad de vida y un tratamiento más humano conseguían milagros en el estado mental de un gran número de pacientes. Otros, por desgracia, no lo habían conseguido y permanecían encerrados en su tortuoso mundo particular sin posibilidad de mejoría, en una zona aislada para los «furiosos», aunque él no perdía la esperanza. Cada vez que un paciente dejaba el Instituto, si no recuperado totalmente, al menos con una satisfactoria estabilidad para proseguir con su vida, era un logro de todo el Instituto en general y una satisfacción particular, y no tenía duda de que las investigaciones y los avances conseguirían nuevos métodos y terapias para los casos más complejos, como se había demostrado con la hipnosis regresiva.

No se lamentaba de haber dado al Instituto sus mejores años, sin apenas tener vida propia. Era su vocación y le apasionaba la mente humana: sus recovecos, esa frágil frontera entre la locura y la cordura, la pérdida de la consciencia y esos mundos extraños en los que los pacientes se sumergían. Aún tenía mucho que aprender y no imaginaba otra vida fuera de allí, aunque a veces le embargaba la nostalgia y la imagen hermosa y sonriente de una joven de ojos ambarinos surgía de su memoria produciéndole al mismo tiempo añoranza, serenidad y tristeza. Esos paseos por los jardines del

Instituto, la amistad y la confianza que se fue forjando poco a poco, esos sutiles roces de manos, los silencios compartidos, miradas que lo decían todo... el amor. Lo que pudo ser y no fue.

Mireia, tras un breve intercambio de palabras y lo que a Pons se le antojó una casi imperceptible caricia de manos con el señor Claramunt, se reclinó por indicación del doctor Fildelgard en una *chaise longue* de terciopelo granate preparada para ella, mientras que el resto de los asistentes se acomodaban en distintos lugares del salón. Enric volvía a mirar malhumorado el reloj, había intentado por todos los medios retrasar la hipnosis hasta que llegara el señor Amorós, el abogado, pero el inspector jefe se había limitado a negar con la cabeza y a encogerse de hombros. No era su problema que el abogado no hubiera llegado, y no iban a pasarse toda la noche esperándole; así que si la tardanza del señor Amorós era una estratagema, les había salido el tiro por la culata.

Pons no estaba seguro de que ese tratamiento, terapia regresiva o como se llamara, diera algún fruto. Había leído un poco sobre el asunto. Demasiado complejo todo eso de la mente y los traumas infantiles. Él era un policía a la vieja usanza, de instinto, y no creía en todas aquellas paparruchas, pero de momento era la única opción que tenía para desentrañar aquel lío y al comisario le había parecido bien. Eso sí, no permitiría que aquello se convirtiera en un teatro, allí no metería baza ni Dios, solo los doctores.

—Suba las piernas, así. Muy bien, *sehr gut* —le indicó el doctor Fildelgard a la joven— ¿está cómoda?

Mireia asintió, después tosió de manera nerviosa, cogió a Mariona en sus brazos y miró a su alrededor encontrándose con la mirada severa del inspector jefe que la observaba con detenimiento.

Era una muchacha agraciada, no había duda. Hasta en esa incómoda situación y a pesar de su expresión preocupada, su rostro atraía las miradas. Sería difícil que alguien la creyera culpable con aquella cara. No poseía una belleza espectacular o tentadora como esas actrices de cine, sino más bien un rostro bonito, con una belleza inocente y aniñada, de grandes ojos de color cálido y boca sonrosada y pequeña. Incluso él mismo no tuvo más remedio que compararse cuando la vio llegar bajo la lluvia, acompañada por su primo, con su recogido cabello ondulado asomando bajo su sombrero

cloche o campana, agarrando temblorosamente su muñeca. Solo el broche con forma de salamandra prendido en su blusa blanca de muselina parecía infundirle algo de ánimo, como un amuleto del que nunca parecía separarse; sin embargo, Pons no se dejó engañar. Una cara bonita y joven podía esconder a una asesina fría y calculadora, ¿pero podría alguien creer que Mireia Berenguer era la responsable de los horribles crímenes de los que era sospechosa?

La joven también se preguntaba lo mismo mientras echaba un vistazo a su alrededor ¿Qué pensaban de ella las personas que estaban en el salón? Ni siquiera estaba segura de que Enric la creyera inocente, puede que su nerviosismo ante la hipnosis se debiera al temor de que pudiera desvelar su posible culpabilidad. El inspector jefe estaba convencido de que era una asesina, ¿y el señor Mercader? Probablemente también; en cuanto a Marc... parecía ser el único que no tenía dudas, aun conociéndose desde hacía pocos meses. Nadie podía saber a ciencia cierta si era inocente o era una asesina despiadada. Nadie.

La realidad era que un criminal andaba suelto por Barcelona. Pons llevaba tras él o ella casi dos años sin apenas pistas. Desde 1924 hasta ese momento se habían contabilizado en Barcelona casi una decena de incendios provocados. Apodado ya como «el asesino pirómano», el criminal causaba pavor en la ciudad condal. Sin aparentemente motivo ni relación entre las víctimas, como si hubieran sido escogidas al azar, el asesino se introducía en los comercios o domicilios particulares donde con total crueldad torturaba a las víctimas con pequeñas quemaduras tras manietarlas y amordazarlas, y en una especie de ritual, las colocaba en el centro de un círculo dibujado en el suelo antes de prenderles fuego, quemándolos vivos; aunque parte de estos detalles no se habían dado a conocer a la prensa. Unos crímenes horribles que tenían aterrizada a la ciudad y desconcertada a la policía. Algunos testigos aseguraban que en las inmediaciones de los incendios habían visto a una figura embozada con ropajes oscuros que huía, y otros, para recochineo de la prensa que ya se hacía eco de la ineficacia policial, aseguraban que también llevaba una máscara. En cualquier caso, un despropósito. No podían fiarse de esos testimonios a cada cual

más incoherente. Y sin apenas pistas y sin tener por dónde tirar, una sucesión de *casualidades* habían puesto a la señorita Berenguer en el punto de mira de la investigación.

El doctor Fildelgard, tras agradecer con un gesto de falsa modestia los elogios de su colega, se sentó frente a Mireia y comenzó a hablar mientras rebuscaba en uno de sus bolsillos.

—La técnica de la hipnosis consta de varias fases: la primera se basa en una relajación muscular, después la consciencia pasará a ser más leve, ejercerá menos control, hasta llegar al tercer paso en el que la relajación será total. En ese momento comenzaremos a trabajar con los recuerdos —el doctor Fildelgard explicaba la metodología a seguir como un conferenciante ante la atenta mirada de los asistentes y del doctor Ribelles, que tomaba nota de todo lo que ocurría, deseoso por aprender lo más posible—. Lo haremos lentamente, sin forzar, puede que incluso tengamos que retroceder en algún momento o avanzar por otros *camino*s. Debemos ser tan precisos como un cirujano para no provocar alteraciones ni perturbaciones no deseadas, y al mismo tiempo estar atentos para ser capaces de adaptarnos continuamente al desarrollo de la sesión según las vivencias y el estado de la paciente. Pero no se preocupe —dijo dirigiéndose a Mireia—, no sufrirá ningún daño. Cuando se entra en estado hipnótico puede ir al momento que se le pida, pero usted no se involucrará emocionalmente, permanecerá apartada, como un espectador, para que el recuerdo no le haga daño, *verstanden?* —miró fijamente a la paciente. Era necesario e importante que comprendiera que no iba a sufrir ningún daño físico ni psicológico, al menos era lo que pretendía— *Bereit?* ¿Preparados? —preguntó el doctor alemán mirando a los asistentes y de nuevo a Mireia, que asintió con un nudo en la garganta.

En ese momento, el enorme salón de la casa del señor Claramunt se convirtió en una improvisada consulta psiquiátrica. La joven apretó las mandíbulas. Era una ironía que el mismo lugar en el que unas noches antes había disfrutado de los momentos más maravillosos de su vida, ahora se convertía casi en un lugar de tortura donde se hurgaría de forma obscena en su mente a la vista de testigos para saber si estaba loca o era una asesina. De lo que ocurriera

esa noche allí dependía su futuro. Podría acabar en la cárcel o en el manicomio de por vida.

Marc la miró desde el sofá junto a la chimenea y sonrió para infundirle ánimo. Mireia le devolvió la sonrisa y por un instante se arrepintió de no haberle hecho caso y huir con él cuando se lo propuso, ahora estarían lejos y juntos, pero ya era tarde para eso.

—¿Qué hace? No quiero ver una sola palabra de esta sesión en su periódico, ¿me entiende? —le advirtió el policía a Guillem en un susurro enfadado al verle garabatear algo en su libreta— Se encuentra aquí como un mero observador, aún me arrepiento de permitirle asistir, así que esté callado y no moleste.

—Solo estaba dibujando —se quejó el joven mostrando unos trazos sobre el papel, a modo de boceto, en el que se apreciaba el perfil de Mireia Berenguer. El periodista había sabido captar su expresión angustiada. El inspector jefe enarcó una ceja, no estaba mal, pero tampoco era para tirar cohetes, aunque quizás le hubiera ido mejor como dibujante que como periodista; tal vez hubiera equivocado la vocación. No creía en absoluto que ese joven desgarrado y con demasiada afición a la bebida fuera tan perspicaz y profesional como su padre, simplemente había tenido un golpe de suerte con el caso de los incendios, pero sí que era igual de cabezota. Y al igual que su padre, trabajaba en *La Vanguardia*, aunque según se había informado, solo se ocupaba de las necrológicas, obituarios y ecos de sociedad: enlaces matrimoniales, fiestas y demás actos; hasta que revisó las notas de su padre y comenzó a unir algunos cabos. Lo que él decía «un golpe de suerte». Sin embargo, su padre... ese sí que era un buen perro de caza que no soltaba la presa después de haber olido la sangre y por eso, sin duda, acabó como acabó.

Había coincidido con Josep Mercader en algunas investigaciones cuando él era solo inspector. El reportero siempre acudía el primero, con su cámara fotográfica y su gabardina que le hacían inconfundible, además de por su nariz curvada y sus pequeños ojos azules que le conferían un aspecto de curioso roedor. A pesar de su pequeña estatura siempre se las ingeniaba para, con un codazo allí y un puntapié allá, situarse en los mejores sitios para enterarse de todo y colarse hasta el lugar de los hechos, ya fueran crímenes pa-

sionales, robos con violencia o su especialidad: la política y los desórdenes sociales que dejaban asesinatos, atentados y tiroteados por todas partes: un sindicalista por aquí, un patrón por allá... Siempre incisivo y mordaz, y cuando menos te lo esperabas, ¡zas! Te plantaba la cámara fotográfica en plena cara. Era como un grano en el trasero. Pons no pudo evitar sonreír al evocar a Josep Mercader y eso hizo que se le cayera la ceniza sobre la chaqueta, «*me cago en dena!*», masculló sin quitarse el cigarro de la boca mientras se limpiaba con el dorso de la mano. Lamentó mucho su muerte, bueno, su asesinato a manos de esos pistoleros. Por sus lúcidos e imparciales artículos con los que daba leña tanto a sindicalistas y anarquistas como a empresarios, políticos de un lado y de otro, fue objeto de amenazas, coacciones, intentos de sobornos y chantajes, pero Mercader siempre se mantuvo fiel a sus principios, nunca decayó en su propósito de llegar a la verdad, y eso le pasó factura. No se llegó a saber quién había pagado a ese malnacido pistolero, lo único cierto es que Josep apareció una noche en la calle con dos tiros en la espalda, ¡cobardes! Y lo peor, es que en esos momentos no estaba centrado en las revueltas obreras, al menos que él supiera, sino que escribía sobre el terrible incendio en el que murieron cuatro personas, además, por supuesto, de investigar sobre esa vieja historia del colegio de Nuestra Señora de Maravella que le traía loco.

La actualidad mandaba. Eso era lo primero que había aprendido el intrépido Josep Mercader cuando comenzó a trabajar con doce años como simple recadero, allá por 1894, en *La Vanguardia*, y nadie podía negar que la actualidad de Cataluña en 1916 era muy efervescente: revueltas obreras, crímenes políticos... No había momento para aburrirse, pero en cuanto tenía un minuto libre entre huelgas y discursos políticos sobre los que informar, Josep Mercader volvía a la investigación de la noticia que se le había metido en la cabeza como un parásito. Igual que los policías llegan a obsesionarse con uno de sus casos y durante toda su vida intentan resolverlo, Josep Mercader se había obsesionado con aquel suceso de 1905 que había pasado sin pena ni gloria, como una mera reseña en la sec-

ción de sucesos anunciando el lamentable y trágico accidente en el que habían perdido la vida cinco alumnas del colegio de Nuestra Señora de Maravella, en el pequeño municipio de Sant Pau, en la zona volcánica de La Garrotxa, en Gerona. Un internado de niñas de familias adineradas rodeado del espeso bosque de hayas de La Fageda D'en Jordà.

El instinto del periodista le decía que había algo extraño en el asunto. Escuchó algunos rumores, alguna frase silenciada con premura, un gesto aquí, un encogimiento de hombros allá y un consejo: «déjalo estar», que le incitó en sentido contrario y comenzar una búsqueda frenética que, de momento, no había dado ningún fruto después de once años. Pero en fin, él era paciente y confiaba en que lograría descubrir la verdad sobre ese *accidente*. Ya encontraría la manera de averiguarlo; de momento la actualidad mandaba, así que cuando tuvo conocimiento del aviso de un incendio en el *carrer del Paradís*, en pleno barrio gótico, no perdió el tiempo y con su cámara fotográfica Kodak Brownie colgada del cuello salió de la redacción para cubrir la noticia.